

La cuestión ambiental: ciudad y creación

Pbro. Dr. Gabriel F. Bautista
gfbautista@gmail.com
 Comisión Arquidiocesana de Ecología-Responsable
arquidiocesis.medioambiente@yahoo.com
 Servicio Pastoral Universitaria-Vicario
 Riobamba 1227 Capital
 4393-0137 / 4813-7416

Resumen

Primero se enmarca la cuestión ambiental como parte de los procesos evolutivo y de frontera, que confluyen en la Tierra como un todo. Hay tres ciclos interpretativos básicos: uno largo desde el año 1500, otro medio desde el año 1800 y uno corto desde 1960. De aquí se estudian dos dimensiones de lo ambiental que han sido descuidadas: ciudad y creación. Vemos cómo se relacionan con lo natural, social y teológico, para concluir con la hermosa definición de ecología de González de Cardedal.

1. La cuestión del medio ambiente

En principio, casi como una hipótesis de trabajo, parece que el hombre ha ido evolucionando de manera tal que prácticamente ha constituido toda la Tierra como ecumene, es decir, todas las regiones susceptibles de ser habitadas de manera continua y estable están hoy pobladas (incluidos los casquetes polares), los estilos de vida se han homogeneizado bastante, pero de manera despereja, y un único modelo socio-económico, con algunas variantes, impera en la Tierra y da cuenta de la utilización desproporcionada de algunos de los recursos naturales de los ecosistemas que sustentan la vida. Se trata de ver cómo **en** y **de** la Tierra, es decir la Tierra como nuestra casa y como recurso, vamos haciendo nuestra morada en un mundo que está en riesgo. Está en riesgo porque la Tierra como recurso está poniendo en riesgo a la Tierra como casa (DSI, 465).¹ El vínculo del hombre con la naturaleza está en riesgo porque vivimos en un mundo con límites y parece que no hallamos el modo de encauzar la civilización industrial que hemos forjado: todos los sistemas que se fueron forjando en el siglo XIX y se consolidaron en el XX, fueron sistemas que trataron de administrar y gestionar la civilización industrial (desde el socialismo más utópico hasta el fascismo más rígido).² Nuestra fe nos mueve a aceptarnos como *imago Dei*, pero también sabemos que el hombre es *imago mundi*, es decir, nuestra condición actual es el resultado de nuestra historia común con la Tierra y el universo desde hace 15.000 millones de años. Hoy asistimos asombrados a este magnífico y frágil proceso del surgimiento de la vida humana en la Tierra, el cual, según el principio cosmológico y el antrópico, de haber variado en algo, no hubiera acontecido. Nuestra civilización industrial tiene apenas 200 años y, por un lado hay logros maravillosos, pero por otro, pone en riesgo al mismo planeta. En este sentido, la búsqueda de un desarrollo sustentable sería la respuesta apenas tímida de una civilización industrial que se empieza a saber y a concebir como responsable moralmente de la Tierra como un todo; responsable del pasado pasmoso de la vida; depositaria de una responsabilidad intrageneracional y de las generaciones futuras. Por otro lado, además, el relato cosmológico nos invita a mirar el futuro. La fe también, pero como cielos nuevos y tierra nueva, la cara indeterminada del actual proceso evolutivo y del Reino de Dios que se va gestando en el misterio.

La cuestión ambiental se va gestando por un proceso de frontera como espacio biopolítico en movimiento que va haciendo entrar territorios en un sistema que se va consolidando como el dominante desde el 1500 -con la expansión

¹ Magistral expresión que resume toda la problemática ambiental. DSI=Compendio Doctrina Social de la Iglesia.

² La misma Iglesia comenzó a desarrollar su propio magisterio social desde este lugar con la *Rerum Novarum* de 1891.

ultramarina de los incipientes estados monárquicos europeos. Desde 1800 este ciclo se acelera. Hace recién 40 años, empezamos a tomar conciencia de que estos territorios que fueron siendo incorporados a un proceso de civilización industrial, sea del signo que haya sido, tienen sus límites: no vivimos en un mundo de recursos ilimitados, sino que este mundo tiene sus límites: de aquí la corrección que se hace a las disciplinas tradicionales: la economía se hace economía ecológica, la política, ecología política, la ética, ética ambiental, y hasta la teología, teología ecológica. Todas ellas tratando de evaluar este vínculo crítico entre la sociedad y el ambiente. Así tenemos las tres palabras claves de nuestro estudio: territorio (como frontera y técnica), límite, vínculo. Y este vínculo, en crisis. En este ciclo corto desde 1960 hubo dos o tres encuentros claves: Estocolmo en 1972 y Río en 1992. En Johannesburgo 2002, el desarrollo sustentable ya está consensuado como un proceso socio-político, como un marco político, como un valor y, hasta casi podríamos decir, como un paradigma que interviene en nuestras decisiones, pensamientos y acciones (Bautista, 2003). Además, el ciclo hermenéutico que se gesta en los años 60 fue significativo porque se formuló con precisión la condición planetaria del habitar humano en la Tierra. Para esto concurrieron varios acontecimientos, entre los que se destaca la primera vez que un ser humano, la mirada de un astronauta, vió la Tierra como una única entidad física desde el espacio. Esta mirada, y el subsiguiente ícono fotográfico reproducido ahora hasta el cansancio, de la Tierra como una bella nave azul-verdosa con salpicaduras de blanco contra un fondo negro, frío e inconmensurable, trazó la conciencia de la Tierra como una nave espacial: no hay más fronteras ultramarinas donde expandirse, ni nuevos continentes por descubrir: estamos sujetos a esta morada, por más que puedan emprenderse excursiones a las fronteras del espacio exterior o del espacio microscópico de la materia viva e inerte (código genético, cerebro, partículas elementales).³

Los tres ciclos hermenéuticos de 1500, 1800 y 1960 desembocan en un nuevo objeto de estudio: el sistema Tierra (ESS: *Earth System Science*) también llamado Gaia. El fenómeno humano que ha ido emergiendo y se ha enseñoreado de toda la Tierra plantea el debate sobre población-recursos. Esta relación es, en gran medida, un problema de contabilidad: tanto la economía como la ecología se ocupan de hacer contabilidad. Hoy por hoy, todos, de un modo u otro, estamos haciendo contabilidad; contando cuánto entra y cuánto sale (*inputs* y *outputs*, elementos químicos, materiales orgánicos e inorgánicos, erosión, basura, etc.). La gran novedad es que hoy sabemos que todo queda en este gran sistema que llamamos Tierra; que prácticamente lo que estamos haciendo es o bien cambiar las cosas de lugar o bien tratar de transformarlas en otra cosa. En esto, las ciudades desempeñan un papel de primer orden.

2. Ciudad y medio ambiente

Parece que la tendencia a habitar en ciudades es algo inherente a la naturaleza humana, una aspiración a formar comunidades en la línea antropológico-evolutiva. Contemplada desde un punto de vista panorámico, la ciudad se nos presenta como la realización final de la evolución humana. En efecto, desde aquel *Big Bang* que tuvo lugar hace 15000 millones de años, pasando por la formación de las galaxias, la del sistema solar y finalmente la configuración del planeta Tierra hace apenas 4500

³ Boulding lo formuló en un artículo sobre el fin de la economía de frontera, es decir, basada en la expansión territorial en busca de recursos naturales, para pasar a una economía de nave espacial [*frontier economy – spaceship economy*] (Boulding, 1966).

millones de años, y luego la evolución del reino mineral, vegetal y animal, la emergencia del fenómeno humano tiene recientemente una ruptura fuerte con la revolución agrícola hace apenas 10000 años y luego la revolución urbana hace 5000 años, cuando los seres humanos empezaron a fundar ciudades entre el Tigris y el Éufrates. Desde entonces la ciudad es parte de la realización humana. La vista no deja de ser pasmosa durante la noche, por más acostumbrados que estemos a ella. Ese cielo de estrellas geométricas parece un cosmos en sí mismo. Europa occidental desde Roma hasta Londres y desde Lisboa hasta Praga es como una gran ciudad (Serres, 2004). Lo mismo la costa este de Estados Unidos, lo cual convertiría el Atlántico Norte como en un mar urbano. Algo parecido ocurre con la costa oriental de Asia desde Tokio hasta Singapur. América Central y del Sur, África y gran parte de Oceanía todavía aparecen como continentes poco iluminados, excepto por algunos manchones de luz en Buenos Aires, San Pablo, Johannesburgo, El Cairo y Sydney. En estos lugares, alumbrados gracias a los desarrollos tecnológicos de hace apenas poco más de cien años –y mucho menos en algunos casos–, viven sus vidas no miles o cientos de miles, sino millones de personas. Estas placas urbanas tienen una densidad de tejido tal que influyen físicamente en las relaciones ambientales de la Tierra, tanto como los casquetes polares, Siberia o el Gran Chaco.⁴ Sería imposible pensar nuestra Tierra como lugar ampliamente interconectado sin las ciudades globales como Tokio, Hong Kong, Kuala Lumpur, Singapur, Sydney, San Francisco, México, Santiago de Chile, Buenos Aires, San Pablo, Nueva York, Madrid, Londres, París, Zurich, Roma, Moscú. Estas grandes regiones metropolitanas, un desafío en sí mismas, a su vez establecen un régimen satelital con respecto a otras ciudades, pueblos y aldeas, de tal modo que en este comienzo del siglo XXI sí podemos decir que vivimos en un planeta urbano que efectivamente gestiona mundos rurales y naturales sin los cuales no puede sostenerse, pero que en definitiva las realizaciones propias del espíritu humano acontecen en estas ciudades.⁵

La ciudad no es un orden artificial en el sentido de sobreimpuesto a la naturaleza, sino artificial en el sentido de que ha ido sintetizando la naturaleza cercana y la lejana en círculos cada vez más amplios, tan amplios que han llegado a englobar la Tierra entera. Así es posible concebir la ciudad como un factor de comunión de los hombres consigo mismos, entre ellos, con su entorno y con Dios. Y en todo esto hay una búsqueda, muchas veces menoscabada por la pérdida del sentido del habitar, de la belleza. Hay una belleza diamantina en las ciudades, que ha quedado muchas veces degradada por los males contemporáneos de la marginalidad, la pobreza, la exclusión, la des-industrialización y la falta de empleo. Sin embargo, la ciudad sigue atrayendo a las poblaciones campesinas. La relación campo-ciudad hay que verla ahora ampliada a nivel planetario. Así como en el siglo XIX la población de

⁴ No es fácil comprender los aspectos sociales y los naturales de una manera equilibrada en su mutua interacción. Hay mucho de “natural” que es una gran obra humana, una socialización de la naturaleza. Es difícil cortar con el bisturí la *natura* de la *nurtura*, lo innato de lo adquirido, lo natural de lo social. Casi podría decirse que hoy ya no es posible. En efecto, la ciudad, a través de su arquitectura, arte, ciencia, museos –pensemos que Buenos Aires en pocas hectáreas contiene el Zoológico, el Jardín Botánico, el Museo de Ciencias Naturales, el Museo de Bellas Artes, el Teatro Colón, el Teatro Cervantes, la Iglesia Catedral y otras iglesias históricas, entre otras facilidades, es decir, toda una síntesis de evolución natural y cultural que no tiene parangón en ningún otro lugar que no sea un mundo urbano–, la ciudad tiene pues un valor simbólico que expresa el orden natural, social y trascendente del habitar humano en la tierra.

⁵ Quedaríamos un tanto incompletos, si no mencionáramos la *noosfera*, concepto forjado por Teilhard de Chardin, como la esfera del espíritu que ordena y piensa la Tierra como totalidad. Esta *noosfera* tiene sus puntos de encaje en las ciudades, donde solidariamente los hombres se entregan a compartir los frutos de sus lecturas, trabajos, diálogos y conversaciones. Este habitar hace de la ciudad como un sacramento, un fruto de la tierra y del trabajo del hombre que es ofrecido a Dios. Según Greshake la palabra comunicación y comunión remite a los muros de la ciudad, a lo envolvente o lo circunvalante –así llama Jaspers la apertura a lo trascendente, al Ser (Greshake, 2006: 131; Jaspers, 1980).

Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y EE.UU. migraba del campo a la ciudad, ahora las poblaciones de India, China, Oceanía, África, Asia y América Latina buscan migrar a los grandes centros metropolitanos (Williams, 2001).

Desde la antigüedad clásica, el ser humano es considerado como un *zoon politikon*. El ser humano se realiza en la *polis*, en comunión con los demás porque es lugar de encuentro y diálogo. Además, la misma práctica de la ecología política está articulada en ciudades. La humanidad enraizada en la tierra es la ciudad. Hoy no podemos soslayar el hecho de que estamos habitando en un mundo urbano, un mundo que ya no es ni rural y mucho menos natural. Todo ecosistema, cualquiera sea el grado de intervención humana que tenga, depende de algún tipo de condición urbana. Es una idea bastante aceptada la de la ciudad como un artificio: hechura de manos humanas, pura cultura. Sin embargo, los campos de soja transgénica y la articulación del territorio nacional en jurisdicciones, con el ferrocarril, las rutas y los puertos son tan artificiales como la ciudad. En realidad, casi podríamos decir que ni siquiera los parches de naturaleza representados en los parques nacionales son naturaleza en el sentido de lo espontáneo o no-artificial, ya que los mismos parches son producto del artificio legislativo: se consagra o separa una parte de territorio mediante una norma jurídica para que allí la naturaleza se pueda desenvolver de la manera más espontánea posible. Sin embargo, mantener estos parches o parques nacionales, es el fruto de una constante intervención social.⁶ ¿Cómo es posible un mundo en el cual muchos desean escaparse de la ciudad pero al mismo tiempo seguir disfrutando de los bienes y servicios que la vida ciudadana facilita? No fue hasta hace muy poco que la ciudad empezó a ser mal vista. Sin embargo, el ser humano parece estar llamado a construir ciudades y regiones metropolitanas, porque a través de ellas se expresa el sentido del habitar en la Tierra. Para los antiguos del cercano oriente y China la ciudad era un microcosmos que reflejaba en su arquitectura y vida social algo de la magnificencia del macrocosmos. También esto valía para los griegos y romanos, para quienes la ciudad celebraba, además, la divina razón presente en el hombre. Más tarde, los habitantes de las ciudades medievales estaban orgullosos de sus privilegios y de habitar en las ciudades amuralladas. Hay que esperar al final del siglo XVIII para que la ciudad entrara en descrédito (Tuan, 1986: 66-67).⁷

⁶ Tener en cuenta que esta creación, tan peculiar del espíritu occidental, que es el género "utopía" –y últimamente su contrario, la "distopía"–, generalmente acontece en mundos urbanos, desde *La República* de Platón en la Antigüedad, pasando por la *Utopía* de Tomás Moro en los prolegómenos de la modernidad, hasta *Looking Backward* de Edward Bellamy y *Mundo Feliz* de Aldous Huxley. Es cierto que a menudo estos mundos urbanos están en relación con los mundos rurales y naturales, pero en las utopías son comprendidos no por sí, sino por lo urbano (Bautista, 2003: 190-192). Finalmente, el gran relato cristiano nos propone aspirar a la contemplación apocalíptica de la Ciudad de Dios, donde no habrá templo, porque Dios mismo será el templo, la Jerusalén celestial, que en fe y esperanza anhelamos que descienda del cielo bellamente adornada como una mujer para su esposo. Allí los vínculos serán plenamente amorosos. Quizás como ninguna otra obra humana, la ciudad ha sido objeto de muchas controversias y de las más variadas interpretaciones en el ámbito de las ciencias sociales, de la filosofía y aún de la teología. La ciudad es clave para comprender la realización del espíritu humano, ¿cómo pues afirmar que el *homo urbanus* es la nueva especie depredadora? (Rifkin, Jeremy. *Homo urbanus* la nueva especie depredadora. *Clarín*, 3-12-2006: 39) ¿Acaso es posible reducir a una cifra la "huella ecológica" de una ciudad? Huella ecológica traduce al español el concepto inglés *ecological footprint*, que trata de medir hasta dónde influye nuestro consumo, el territorio que pisamos y sobre el cual imprimimos nuestra huella, que en la modernidad se puede extender a miles de kilómetros de mi lugar de residencia y o trabajo. Esto ya estaba claro en la época de Herman Melville (*Moby Dick*, 1851).

⁷ Por otro lado, el símbolo del caos primordial está representado por la oscuridad. La ciudad con sus luces quiebra este hechizo. La ciudad es un artificio porque se aleja de la naturaleza. Allí encontramos protección contra las inclemencias del tiempo. Es como un campamento donde los hombres cansados levantan sus carpas. Este es el sentido del habitar. Además, en la ciudad, se intensifican los vínculos de amistad, familia, conocidos, colegas, todos ellos forman parte de nuestra vida. Hay, sin duda, en la ciudad un amplio círculo de extraños, lo cual favorece el anonimato y la inmoralidad. Pero, por experiencia sabemos que la vida de la ciudad no puede ser inmoral para que pueda ser la buena vida. Además, la vida de la

En Buenos Aires hay una plazoleta dedicada al urbanismo en honor de Carlos M. della Paolera, ubicada en Arroyo y Carlos Pellegrini. Urbanista que, durante la gestión del intendente Dr. Mariano de Vedia y Mitre, concibió en 1936, bajo el lema de “organizar para vivir mejor”, el proyecto de la Avenida 9 de Julio con características de avenida-parque y su ancho actual para descongestionar el centro de la ciudad. Todavía a salvo del vandalismo que impune campea en toda la Región Metropolitana, hay un extracto de su *Manifiesto del Símbolo del Urbanismo*, que dice que “en esas colmenas humanas que son las grandes ciudades modernas se ha roto el equilibrio razonable entre la obra artificial y los elementos de vida que generosamente nos brinda la madre naturaleza. Siguiendo los más variados rumbos en sus investigaciones, los urbanistas de todo el mundo han llegado a la conclusión de que es necesario reconquistar el aire, el sol y la vegetación para el ambiente de la ciudad moderna. Las teorías y realizaciones urbanísticas más opuestas encuentran que el objetivo final consiste en asegurar la unión íntima de la ciudad con la tierra viviente, dando amplia entrada a la naturaleza entre las masas inertes de edificación urbana”.⁸ En este texto de un urbanista que ha modificado fuertemente la ciudad, se comprende el sentido amplio de la ciudad como medio físico construido (puertos, autopistas, edificios, puentes, aeropuertos) en relación con un entorno natural (formado por ríos, llanuras, montañas o elevaciones, animales y plantas, la tierra y los elementos, agua, aire y fuego o energía). Ambos, el medio físico construido y el medio físico natural configuran la ciudad como estructura más o menos rígida. El sentido de esta estructura debería estar dado en función de quienes la habitan, las personas que forman parte de una población urbana. Entonces, por ciudad se entiende tanto una población como una construcción física. Buenos Aires es un conjunto de edificios, desde aquél primer fuerte que no prosperó y el que luego fue refundado por Garay para abrirle las puertas a la tierra, según la geopolítica española de entonces, hasta la actual región metropolitana pasando por la Buenos Aires agro-exportadora del siglo XIX y XX, esta ciudad ha estado procesando y reprocesando su entorno natural y mucho más. Buenos Aires, para quien sepa ver, ha intimado constantemente con la naturaleza mas que nos ha alienado de ella (Bautista, 2003).⁹

Saint-Exupery decía que las máquinas no nos alejan de la naturaleza, por el contrario, nos sumergen más profundamente en ella. Quizás, aunque pudiera parecer paradójico, lo mismo puede decirse de la ciudad, que no nos aleja de la naturaleza, por el contrario, nos sumerge más profundamente en ella (Bautista, 2003: 76-78). Esto vale no sólo desde un punto de vista técnico, es decir, saber administrar los flujos de los cuales una ciudad depende (agua, aire, alimentos, información, materiales de todo tipo, energía, transporte), sino también como tarea espiritual, ya que la amplia conciencia ambiental que se ha ido desplegando desde hace al menos 200 años, ha ido pareja con el gran desarrollo y crecimiento de las ciudades, convertidas hoy en vastas regiones metropolitanas. Vivir en la ciudad

ciudad es una invitación a la caridad: en esto, se expresa de manera tangible la comunión (Tuan, 1986). De aquí los dos amores de San Agustín representados en las dos ciudades. Esta misma imagen emplea San Ignacio de Loyola en la célebre meditación sobre las dos banderas: Jerusalén y Babilonia. Así, la ciudad es como el lugar tangible, concreto, palpable de la *communio* y así como la ciudad era para los antiguos reflejo del macrocosmos, así para los cristianos es como la imagen terrena de aquella otra Ciudad celeste (Ap. 21, 2), la Jerusalén celestial, descrita como lugar de consumación y plenitud de la vida de los hombres con Dios. “La ingente tarea creativa que el hombre ha ido desarrollando en el mundo tiene, pues, una validez escatológica: contribuye a la edificación de la Jerusalén celeste. Esta convicción suministra al cristiano el mejor estímulo para entregarse a la construcción de la ciudad secular: la esperanza cristiana en el mundo *tal cual será* entraña un inconformismo activamente militante frente al mundo *tal cual es*” (Ruiz de la Peña, 2002: 193).

⁸ 8 de noviembre de 1934.

⁹ William Cronon muestra como Chicago fue creciendo no a pesar de la naturaleza, sino procesando y reprocesando la naturaleza de su entorno y mucho más allá (Cronon, 1991).

significa saber que se depende en alto grado de todo un entorno que sostiene a la ciudad misma. Por otra parte, la ciudad misma con su proceso de sub-urbanización ha quebrado la distinción clásica entre el campo y la ciudad, el campo como lo espontáneo y natural y la ciudad como lo artificial y alienante. La ciudad muestra una necesaria intimidad con su entorno y su entorno en ella. La vida aparentemente natural y segregada del campo puede ser alienante. La ciudad apremia al ejercicio de la solidaridad. Una ética de la solidaridad es impensable sin ciudades. Son el lugar propio de la caridad, ya que en la ciudad vivimos entre extraños. Y curiosamente son las multitudes de extraños, los que no sabemos cómo se llaman, las que nos permitirían forjar una verdadera comunión. Están sí los vínculos de familiaridad, de amistad, de vecindad, de conocimiento. Pero son los vínculos con los extraños los que ponen a prueba el sentido de la comunión y de ser miembros del Cuerpo de Cristo por la caridad (cf. Benedicto XVI: *Deus caritas est*). En esto la ciudad es un paradigma de cooperación, al menos, y un lugar propicio para despertar y desarrollar el sentido de la comunión, ya que en la ciudad todos dependemos de todos en los más variados aspectos; tanto que la ciudad es casi como una figura de padre y madre que nos ayuda a crecer, alimenta, nutre, cuida a lo largo de la vida. Dependemos de miles de miles de tareas desempeñadas por otros.

He tratado de mostrar la ciudad y su configuración de hoy en vastas regiones metropolitanas como realidad deslumbrante por su inmensa red de vínculos expresado en redes de comunicación y transporte, de intercambio de información e ideas, de consumo de energía y de aportes de decisiones. Quisimos salirnos de la crítica ecológica común y corriente, que suele considerar el mundo urbano como un despilfarro de materia, energía e información. Por el contrario, si el hombre es creado a imagen y semejanza de Dios, que es una comunión perijorética de personas, entonces esta ciudad de hoy, está expresando esa imagen comunicativa divina de la cual el hombre es portador y que no sólo la expresa en sus obras como tarea constructiva, también la recibe como don en la creación. Habría que tratar de recuperar esta dimensión de lo dado aún en medio del mundo urbano de hoy. Este olvido a veces acarrea el olvido de Dios como Creador y el olvido del hombre como creatura. Y las redes comunicativas del mundo entonces son portadoras de ruido, desorden, entropía y azar sin sentido.

3. Creación y medio ambiente

Preocupado porque percibía un silencio casi total sobre el anuncio de la creación, en la primavera del año 1981, en Munich, el entonces Joseph Ratzinger se decidió a hacer en la catedral múniquesa una catequesis breve sobre la creación. El olvido de la creación era notorio aun en medio una cuestión ambiental que ya estaba ampliamente reconocida en la opinión pública. Quizás este mismo olvido, como una especie de amnesia, toque también nuestro conflicto con el Uruguay. La idea de creación es un concepto teológico y como tal tiene el carácter absoluto que adquirió en la pregunta de Leibniz: ¿por qué hay algo mas bien que nada? Hombre y mundo existen y creemos que Dios les da constantemente el ser para que existan. La creación es pues una relación de dependencia absoluta de todo lo que existe con Dios. Todo es creación porque Dios mantiene el ser de todas las cosas y El es el único ser que existe por sí mismo, no por participación en nada (cf. Ex. 3, 14). Esta creación apunta hacia una finalización como plenitud, mientras que para la ciencia se trataría de un final. En este contexto está la cuestión del medioambiente, que es

una cuestión transversal porque tiene un sinnúmero de articulaciones. A cada profesional le compete considerar su articulación y contribuir al todo con su aporte.

Por otro lado, esta cuestión de la creación y del medioambiente está en relación con lo social. La DSI lo formula diciendo que el medioambiente es a la vez casa y recurso (DSI, 465). ¿Qué orientación puede darnos la mirada de la Doctrina Social de la Iglesia? ¿Contribuye a tener una mirada distinta o no? La Doctrina Social de la Iglesia (DSI) no es un instrumento capaz de resolver *ipso facto* los problemas sociales. Se trata más bien de una orientación de la inteligencia y la voluntad que aspira a tener una mirada trascendente de la vida. No es una ideología cerrada. Además, debe ser recepcionada de manera integral, sin sesgarla. Debe ser acogida de manera integral, es decir, prestar el asentimiento del entendimiento y de la voluntad, aún de aquellas partes que no comparto tanto como otras. Vivimos en una vorágine de epistemología constructivista, ya nada es don, recepción, acogida, sino que lo jurídico, lo económico, lo político, lo social y lo simbólico se construyen por un puro consenso que dura brevemente. Antes que nada, reconoce nuestra responsabilidad, es decir, nuestra libertad para decidir y obrar. Además, como el ambiente es uno de esos bienes que sólo los mecanismos de mercado no son capaces de defender o de promover adecuadamente, la DSI reconoce también que el ambiente es un bien colectivo y su tutela corresponde a todos y al Estado. Asimismo, respetar la integridad y ritmos de la naturaleza para el desarrollo sustentable requiere introducir los costos ambientales (DSI, 470). El paradigma de ciencia mecanicista todavía imperante no permite apreciar el ambiente como una totalidad donde todos los seres dependen unos de otros y los cuales no pueden ser utilizados impunemente (DSI, 466).¹⁰ Por otro lado, como la salvaguarda del medio ambiente se orienta también a las generaciones futuras (DSI, 467), puede argumentarse que los nietos de los nietos tienen derecho a una misma calidad de paisaje que la actual. Este es el principio de la solidaridad universal o de desarrollo solidario (DSI, 467). La perspectiva religiosa tiene un sentido amplio y uno estricto. La religiosidad en sentido amplio significa la experiencia de vincularse con un contexto mayor que el propio yo y el entorno que constato como próximo e induce a una vivencia relacional de la vida como un valor y como un todo ecosistémico que desborda la frágil frontera de encierro en mí mismo. Es la apertura reverencial a la vida como un todo del cual formo parte. Este valor religioso de estar imbricado en un nodo de relaciones no necesita mayor afinación. Este todo me envuelve y me compromete con mi entorno inmediato y mediato. En general, los movimientos ambientalistas tienen esta faceta que bien podemos llamar espiritual. En sentido estricto, está la mirada que proviene de creer en un Dios creador, providente y redentor. Esta perspectiva nos abre a la recepción del mundo como don, como regalo de Dios. Al mismo tiempo, este asentimiento conlleva la vigorosa conciencia del propio ser como creado y de la participación en la construcción del mundo por medio del trabajo como una intervención participada en la originaria creación de Dios.

Crear en un Dios creador significa que el mundo es creación y es don, es algo dado por Alguien para algo. El mundo, con su historia evolutiva de 15.000 millones de años y de la cual nosotros somos parte integral, nos es dado por Dios y en El se conserva y se abre al futuro de una finalización que se espera como plenitud. El tiempo de la espera esperanzada es el tiempo del trabajo que invita a los seres

¹⁰ Uno de los desafíos de la cuestión ambiental es lograr ensamblar las piezas del rompecabezas con las que hemos desgüasado el ambiente. La EIA (Evaluación de Impacto Ambiental) es muchas veces un testigo mudo de esto: es una recopilación de datos geológicos, hidrológicos, demográficos, rurales y urbanos que no guardan relación entre sí.

humanos en sus culturas a cultivar el mundo, a domesticarlo, a habitarlo, a hacer morada en él. Por lo tanto, “la visión cristiana de la creación conlleva un juicio positivo sobre la licitud de las intervenciones del hombre en la naturaleza al mismo tiempo que comporta una enérgica llamada al sentido de la responsabilidad” (DSI, 473). Está bien que el hombre intervenga en la naturaleza ya que el es al mismo tiempo *parte de* y *distinto de* ella. Esta intervención que ha creado paisajes rurales y urbanos muy diáfanos es posible porque, si bien la naturaleza es como un sacramento, “la naturaleza no es una realidad sagrada vedada a la acción humana, es un don entregado por el Creador a la comunidad humana confiado a su inteligencia y responsabilidad” (ibid.). Por ende, el hombre por medio de su entendimiento y voluntad está capacitado para intervenir lo natural, lo rural y lo urbano, respetando el orden, la belleza y la utilidad de cada ser y su función en el ecosistema. Este respeto de la creación sólo es posible si el hombre inhibe su soberbia y con humildad desarrolla una actitud de gratitud y reconocimiento; es decir, de contemplación, estableciendo una relación comunicativa con el entorno que ya no es sólo una cantera de recursos, sino que es un lugar teológico donde “se puede captar su significado evocativo y simbólico y penetrar el horizonte del misterio que abre paso a Dios”. Así, la opacidad del mundo se clarifica como huella o vestigio de la potencia creadora, providente y redentora de Dios (DSI, 487). Aquí está el hondo significado de toda geografía, el hacer de la tierra una morada para el hombre, el lugar donde el hombre habita poéticamente, al decir de Holderlin y Heidegger, abierto al ser, no sólo sumergido en el hacer.

De esta manera, el ambiente es recepcionado no sólo como recurso, sino en primer lugar, como casa, morada, hogar, tierra donde es posible ser humano (DSI, 465). Pero esta doble promoción del habitar y del vivir requiere una delicada sabiduría. Esta sabiduría requiere tanto de una ecología ambiental como de una ecología social y humana que no rechace el concepto de creación; que no se desligue de toda referencia a la trascendencia. No es ni ecocéntrica o biocéntrica ni antropocéntrica, que son formas autoreferenciales o imanentistas (DSI, 463-464). En efecto, el respeto de la creación brota del reconocimiento de la primera y originaria donación de Dios, donde el trabajo que se expresa también a través de la técnica, la ciencia y el arte, reflejan una intervención creciente para ayudar, cuidar y acompañar a la naturaleza, el campo y la ciudad a desarrollarse en su propia línea (DSI, 460). Por ende, toda esta problemática debe ser traducida al ámbito jurídico y le corresponde al Estado su tutela (DSI, 468). Esta tarea en parte ya está realizada. Lo que no queda clara es la vocación por recepcionarla y aceptarla con los límites que impone al quehacer humano. Es claro el derecho a un ambiente seguro y saludable. Sin embargo, las normas jurídicas no bastan. Es necesario, además de la responsabilidad, un cambio de mentalidad, una *metanoia* como decía San Pablo, una conversión del corazón -aquí bien podríamos decir una conversión ecológica; un cambio en los estilos de vida, un cultivo de la sobriedad, la templanza y la autodisciplina que sea capaz de refrenar la avidez (DSI, 486). Esta sobriedad se refleja también en el respeto a los pueblos indígenas y su relación con la tierra, que es como su carta de identidad. Esta actitud conlleva el dejarse enseñar por ellos (DSI, 471). Esta actitud interior remite a no utilizar impunemente los seres vivos o inanimados. Todos dependen unos de otros y hay que respetar tanto la mutua conexión como la naturaleza de cada ser (DSI, 466).¹¹

¹¹ Este refrenamiento solicita al principio de precaución, el cual no comporta la aplicación de una regla sino una orientación para gestionar situaciones de incertidumbre: incluida la decisión de no intervenir. En general, la EIA (Evaluación de Impacto Ambiental) no tiene en cuenta la no intervención. Una vez que un emprendimiento ya está decidido, la EIA sólo estudia cómo mitigar los efectos socioambientales negativos durante la ejecución y operación de la obra. Heidegger, que supo

Finalmente, para el creyente en un Creador, la salvación no acontece fuera de este mundo sino en el mismo mundo que será presentado purificado en la Parusía. Será el mundo donde habite la justicia, donde los vínculos estén reconciliados, donde haya una plena intimidad con Dios y con el entorno (DSI, 453-5). Ya desde ahora se tiende a este mundo justo mediante el desarrollo solidario con un comercio internacional de vínculos justos que sepa atender las necesidades del propio territorio y población y con una gestión inteligente de los riesgos (DSI, 474-6).

A modo de conclusión: la definición de ecología de González de Cardenal

“El hombre tiene que velar por ese orden metafísico querido por Dios, por esa revelación histórica realizada por Dios, por esa promesa escatológica ofrecida por Dios. Tiene que velar por el santo nombre de *Dios*, por el santo rostro del *prójimo* y por la santa faz del *mundo*, ya que los tres son sagrados e inseparables. La destrucción de uno arrastra consigo la negación y destrucción simultánea de los otros. Este es el verdadero sentido de la ecología” (González de Cardenal: 853). En primer lugar se trata de recepcionar en el corazón la aceptación de que hay un orden dado por Dios, que no lo construye el hombre por si mismo por ingenioso o ingenieril que sea su artificio. Aún la ciudad es un don que refleja a Dios mismo, al mundo y al hombre, a quien le corresponde velar por los tres, pero teniendo en claro la jerarquía: primero Dios y luego el hombre y en ambos, el mundo.

Referencias Bibliográficas

- Bautista, Gabriel F. (2003) *Intimacy with the Natural World: a Humanistic Perspective*. Ph. D. Thesis. UNH, Durham, NH.
- Boulding, Kenneth. (1966) *The economics of the coming spaceship earth*. Baltimore, John Hopkins University Press.
- Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia (2005) Buenos Aires, CEA.
- Cronon, William (1991) *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*. New York, W.W. Norton.
- González de Cardenal, Olegario (2001) *La entraña del cristianismo*. Salamanca, Secretariado Trinitario.
- Greshake, Gisbert (2006) “Comunicación. Origen y significado de una idea teológica” *Stromata* 62: 129-149.
- Jaspers, Karl (1980) *Introducción a la filosofía*. Buenos Aires, FCE.
- Melville, Herman (1998) *Moby Dick*. Oxford, Oxford University Press.
- Ruiz de la Peña, Juan L. (2002) *La pascua de la creación. Escatología*. Madrid, BAC.
- Saint-Exupery, Antoine de. (1940) *Wind, Sand, and Stars*. New York, Reynal & Hitchcock.
- Sassen, Saskia (2000) *Cities in a World Economy*. Thousand Oaks, CA, Pine forge Press.
- (2001) *The Global City*. New York, London, Tokyo. Princeton, Princeton University Press.
- Serres, Michel (2004) *El contrato natural*. 2da. ed. Valencia, Pre-Textos.
- Tuan, Yi-Fu (1986) *The Good Life*. Madison, The University of Wisconsin Press.
- Williams, Raymond (2001) *El campo y la ciudad*. Buenos Aires, Paidós.



reflexionar en torno a la técnica, enseña a percibir la presencia de un producto nuevo como una reconfiguración de la existencia que se abre a nuevas perspectivas. La intervención humana no es sólo una mediación en el orden de lo ético como buena o mala, sino en el orden del ser, de la reconfiguración de la existencia humana, de la morada, del habitar en la tierra. Por otro lado, la incertidumbre y provisionalidad del saber hace necesaria la transparencia en la toma de decisiones (DSI, 469).

IV Encuentro Nacional de Docentes Universitarios Católicos
docentes@enduc.org.ar - www.enduc.org.ar